

AGUIRRE CRISTIANI, MARÍA GABRIELA & PÉREZ
RAYÓN Y ELIZUNDIA, NORA (COORDINADORAS),
*LOS PROYECTOS CATÓLICOS DE NACIÓN EN EL
MÉXICO DEL SIGLO XX. ACTORES, IDEOLOGÍAS
Y PRÁCTICAS*, MÉXICO, UAM/EDITORIAL
TERRACOTA, 2020, 463 PP.
ISBN 978-607-713-273-8

*Ricardo Gómez Gardea*¹



a Iglesia católica en México sigue teniendo un papel influyente en las manifestaciones culturales, desde su pasado colonial y el sincretismo generado con la enorme variedad de grupos sociales precolombinos. Esta institución religiosa destaca por su involucramiento en la formación de identidades, los servicios ceremoniales que ofrece (bautizos, bodas, funerales), las fiestas locales y nacionales, además de ser catalizador y unificador de poblaciones heterogéneas.² Ahora bien, cuando se trata del involucramiento político o en asuntos sociales, la Iglesia católica es mal percibida por la opinión pública, debido a su pasado histórico y al imaginario creado por la historia oficial; desde la Guerra de Independencia y durante gran parte del siglo XIX, tuvo una gran preponderancia en el poder civil, pese a contar

¹Universidad Autónoma de Baja California. Correo electrónico: a1261908@uabc.edu.mx

² Héctor GÓMEZ PERALTA, “La Iglesia católica en México como institución de derecha”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* vol. XLIX, núm. 199 (2007): 67.

con seguidores (incluyendo eclesiásticos) a favor de la modernización liberal.³

Si trazáramos una línea de tiempo, al menos desde las Reformas Borbónicas, observaríamos un permanente conflicto respecto al protagonismo de la Iglesia en asuntos de Estado (expulsión de jesuitas, control administrativo del diezmo, desamortización de propiedades eclesiásticas y otras medidas de secularización). Hasta muy avanzado el siglo XIX el ascenso de la corriente liberal y el modelo capitalista entre las élites políticas hicieron a un lado y obviaron el poderío de la Iglesia, trayendo a colación, cuando se requería, el actuar del Partido Conservador, el Partido Católico Nacional y a los jerarcas de la Iglesia como enemigos acérrimos del progreso. Este discurso antagónico se acentuó durante el proceso revolucionario iniciado en 1910, siendo el argumento generalizador y avasallador de su pretendido apoyo al golpe de Estado de Victoriano Huerta. La diatriba se intensificó por la Guerra Cristera, y el estigma de enemigos a vencer, por parte de los principales líderes revolucionarios, fue la razón principal para atacar a la Iglesia católica y su participación política.⁴

No es de extrañar, entonces, la escasez de investigaciones sobre la Iglesia católica en México durante buena parte del siglo pasado. En parte, por la mengua del predominio católico en el campo público, la imposibilidad de reinstaurar el orden social cristiano de antiguo régimen y las sucesivas derrotas frente al proceso de secularización. Es cierto que durante la administración de Lázaro Cárdenas el tono violento contra la clerecía se matizó, pero el tema de la educación socialista y científica dejó abierta la enemistad entre el poder civil y el religioso. Será a partir del gobierno de Manuel Ávila Camacho cuando

³ Manuel CEBALLOS RAMÍREZ, "Iglesia católica, Estado y sociedad en México: tres etapas de estudios e investigación." *Frontera Norte* vol. 8, núm. 15 (1996): 92.

⁴ GÓMEZ, "La Iglesia católica en México", 70-71.

las tensiones se suavizaron, según la historiografía, el Estado e Iglesia católica compartieron objetivos comunes, como lucha contra el comunismo, la institución religiosa aparentemente abandonó la escena política,⁵ y dejó de estar en el centro de la atención estatal y académica en la segunda mitad del siglo XX.

Es este anticlericalismo histórico oficial el que alejó los estudios históricos sobre la Iglesia y hasta las últimas décadas del pasado siglo, con las nuevas demandas político-sociales de organizaciones laicas y eclesásticas, fue que empezó a cuestionarse los planteamientos e implicaciones de las relaciones Iglesia y Estado. Entre otros, la dificultad de designar algo como conservador o revolucionario, de izquierda o de derecha, incluso al interior de la propia Iglesia se identifica un abanico de posturas ideológicas y acciones políticas de sus miembros y organizaciones.

Muestra de aquello es la obra *Los proyectos católicos de nación en el México del siglo XX. Actores, ideologías y prácticas*, coordinado por las investigadoras María Gabriela Aguirre Cristiani y Nora Pérez Rayón y Elizundia. Ambas académicas son especialistas en la historia de la institución católica y sus relaciones con el Estado mexicano contemporáneo. La primera de ellas se graduó en licenciatura y maestría en Historia en la Universidad Iberoamericana y realizó su doctorado en la UNAM, mientras que la segunda se licenció en Relaciones Internacionales en El Colegio de México, y obtuvo la maestría y el doctorado en Historia en la UNAM. El libro que comento está dividido en tres secciones, cada una con seis capítulos de autores distintos, antecedidos por una introducción de las coordinadoras. La publicación incluye biografías, eventos, organizaciones y contextos específicos que evidencian la complejidad de las relaciones entre la Iglesia, el Estado y sectores civiles durante ese siglo.

⁵ *Ibíd.*, 71-72.

Los 18 textos recopilados logran profundizar el enfoque de la praxis y reacciones de actores eclesiásticos frente a la secularización contemporánea de México, sus posiciones a veces contradictorias dentro de la misma y la realidad mucho más compleja e interconectada a diversas escalas —desde lo local hasta incluso lo internacional— asimismo la poca estudiada relación Iglesia-Estado en el siglo XX más allá de su participación en la Guerra Cristera. La riqueza de las fuentes consultadas que incluyen desde la correspondencia y los documentos oficiales coetáneos, obras bibliográficas y artículos clásicos, hasta numerosas consultas en archivos nacionales y de Estados Unidos, Francia, el Vaticano, y de instituciones eclesiásticas y seculares como los de universidades. Así, los investigadores y sus respectivos trabajos ponen en evidencia la diversidad de recursos que demuestran no solamente la exigencia de un protagonismo de la institución religiosa en el siglo XX, sino sus interconexiones e incluso influencias recibidas u otorgadas en momentos históricos. El enfoque que perfilan los trabajos (local, estatal, nacional, transnacional incluso en fragmentos) varían según el grado de protagonismo y contextualización que tuvieron dichos actores.

La primera parte del libro, “Actores”, abarca actores individuales y colectivos, así como sus liderazgos durante episodios históricos del siglo XX mexicano, y algunos años anteriores a esa centuria como antecedentes y contextualización. El libro comienza abarcando las relaciones y retos entre (y dentro de) la jerarquía eclesiástica nacional, el Vaticano y la sociedad durante el establecimiento del Porfiriato con Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos y, en especial, desde 1902 hasta 1920 durante la revolución armada, a través de los delegados apostólicos y obispos del Colegio Pío Latino Americano tras la muerte del prelado. Le sigue el artículo de un actor colectivo, la Orden de Caballeros de Colón, organización fraternal de origen estadounidense compuesta por migrantes, principalmente irlandeses, que formaría su sede en México a inicios del siglo

XX, donde aparte de la defensa solidaria de la comunidad católica (inicialmente étnica) se buscaba promover un proselitismo del catolicismo incluso a través de la ascensión entre asociaciones de laicos donde se tornaban interlocutores de la jerarquía eclesiástica.

El tercer capítulo vuelve a un actor individual, el canónigo Antonio J. Paredes, abierto opositor de Victoriano Huerta, quien durante el periodo constitucionalista fue clave para apaciguar incluso al abiertamente anticlerical Venustiano Carranza, así como las relaciones de la Iglesia católica con los nuevos líderes estatales y las gestiones con más de una facción revolucionaria. El siguiente apartado plantea el protagonismo del longevo obispo de Chihuahua, Antonio Guízar y Valencia, quien buscó e implantó medidas pacíficas, pero protestando, se opuso a la violencia cristera, colaboró en los arreglos de 1929, y mantuvo sus principios no violentos durante la persecución anticatólica de Rodrigo M. Quevedo.

El siguiente texto muestra al obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo, y su papel en el nacionalismo cristiano como contraparte del nacionalismo revolucionario, recuperando lo popular durante la época posterior a los levantamientos de finales de los sesenta y usándolo para promover un activismo cristiano. Para finalizar la primera parte, el sexto texto versa sobre Girolamo Priogione y su Club de Roma en México, en donde, durante las dos últimas décadas del siglo, congregó a un grupo selecto del episcopado para vincularse con élites políticas y empresariales mexicanas e implementar el proyecto de Juan Pablo II, permitiendo un regreso a la politización de la Iglesia y una mayor presencia en los espacios públicos.

La segunda sección de la obra, “Ideología”, se concentra en las influencias y confrontaciones de ideologías dentro del catolicismo, a veces formando variaciones de éstas, y sus manifestaciones en procesos concretos. Comienza con un texto sobre el vínculo estrecho desde el siglo XIX entre patria y catolicismo,

y su persistencia y resistencia desde el Porfiriato hasta el cardenismo, sobre todo a través de la escuela. El segundo trabajo trata sobre el papel del catolicismo a inicios del siglo para combatir a las doctrinas radicales de izquierda (socialismo y anarquismo) mediante la creación de sindicatos confesionales, liderados por Alfredo Méndez Medina S. J., con la visión de una sociedad corporativa católica donde hubiera mejores condiciones laborales para sus creyentes trabajadores y evitar pérdidas frente a las alternativas radicales de izquierda.

El siguiente texto parte del ala más radical del catolicismo social, aborda la biografía y acciones de José de Jesús Manríquez y Zarate de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, donde mediante la creación de ideas conspiratorias se dirigen ataques políticos, reconfigura el nacionalismo católico contra el protestantismo liberal del vecino del norte (que consideraban como principal promotor de la Revolución Mexicana) y el ateísmo del comunismo soviético. Rumbo a un enfoque más localizado, pero igualmente radical, el cuarto texto analiza el proyecto sinarquista en Baja California y a su fundador, Salvador Abascal Infante. Le sigue el capítulo de la lucha del arzobispo de Monterrey, Alfonso Espino y Silva, contra la “amenaza comunista”, en plena Guerra Fría, donde su Carta Pastoral recurrió a alusiones apocalípticas para generar un estado de miedo y asegurar su proyecto social con predominio religioso en la vida social.

El apartado finaliza con el papel de la Iglesia católica durante el periodo de reformas constitucionales durante la presidencia de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) y la reconciliación y renovación de relaciones con la Iglesia. El autor pone a debate el apoyo y oposición a las reformas en materia religiosa, sobre todo en cuanto el papel negativo, oficialmente hablando, que había jugado la Iglesia en la historia oficial.

“Prácticas”, el último apartado, acopla actores e ideologías para centrarse en las prácticas llevadas a cabo por la Iglesia

católica en momentos claves de la historia del siglo XX. Comienza con el arzobispo Atenógenes Silva, prelado de Michoacán, centrándose en la última década del Porfiriato y cómo él fue abiertamente participante de proyectos modernizadores científicos y tecnológicos en su comunidad para mejorar en lo social, laboral y en la ciencia, contrario a la visión “conservadora” y “obstaculizadora” estereotipada. El siguiente texto pone al franciscano Antonio J. Rábago y su Orden de los Misioneros Guadalupanos, como un actor importante en negociaciones para finalizar la Guerra Cristera, pese a que su propuesta inicial pacificadora fue un fracaso. Con un enfoque más administrativo-gubernamental, el tercer artículo es un análisis del censo eclesiástico por la Secretaria de Gobernación donde solucionaron la crisis política de 1929 mediante el registro de sacerdotes al gobierno, no sin sus polémicas y desacuerdos mutuos.

El siguiente trabajo abarca a la Asociación Católica de la Juventud Mexicana y sus actividades en sectores rurales desde 1930-1958, con mayor énfasis en los cincuentas, donde difundieron saberes y técnicas de aprovechamiento agrícola mientras intentaban establecer un orden social cristiano desde el campo mexicano. El penúltimo trabajo del libro evidencia cómo el Concilio Vaticano II influyó para que docentes de escuelas públicas fundaran el movimiento Equipos Docentes de México (influencia del movimiento izquierdista francés *Equipes Enseignantes*) y establecieron enfoques educativos significativos, ni totalmente laicos ni totalmente eclesiales. Finalmente, el libro concluye con la activa participación y compromiso político de varios cristianos por equiparar su fe con el compromiso socialista de mejorar las condiciones de desigualdad e injusticia de gran parte de América Latina, incluyendo movimientos de liberación en las últimas décadas de la Guerra Fría.

La obra en su conjunto logra promover dos puntos clave en estudios de este tipo. Por un lado, la historia de la Iglesia católica en el siglo XX, opacado por los estudios de centurias

anteriores o, en el caso de dicho siglo, episodios sumamente reconocidos como la Cristiada y olvidando otros más. Por otro lado, la diversidad de temas presentados están adecuadamente agrupados y cronológicamente ordenados lo que permite dinamismo al momento de leer el libro. Virtud aparte es que se clarifican las variantes contextuales de los actores analizados y lo inconveniente de la homogeneización y generalizaciones de las narrativas históricas oficiales.

Como se evidenció, la Iglesia no siempre se opuso a las medidas estatales, como tampoco todos sus seguidores eran partidarios de luchar violentamente. Tampoco se puede limitar únicamente a México sus problemas internos con la Iglesia para comprender el contexto y su praxis. Papeles claves tuvieron desde asociaciones fraternales de una minoría católica de Estados Unidos y diplomáticos del Vaticano, hasta influencias de movimientos sociales latinoamericanos y de la izquierda francesa. Las coordinadoras de la obra lograron integrar los diversos trabajos y mostrar el papel de la historia global al delimitar a magnitudes espaciales menores, en tres apartados, y presentar una narrativa histórica congruente y eficaz.

Personalmente, el libro es de enorme contribución al conocimiento histórico, textos interesantes, bien fundamentados y entendibles sobre el heterogéneo mundo católico mexicano y en un periodo poco estudiado o recientemente historiado. Desde luego será mucho más entendible y fácil la lectura para quienes estudian sobre la Iglesia católica y su historia, pero también es accesible para los neófitos en tales temas. Definitivamente es una obra rica en enfoques y fuentes consultadas con tinte revisionista de la imagen oficialista de la Iglesia católica como enemiga del Estado moderno. Los autores dejan en claro lo complejo que realmente es establecer y, en su caso, estudiar relaciones entre dos figuras claves en la guía y administración de la comunidad; en este caso particular, la sociedad mexicana. Nos recuerda que no existe proceso fácil de romper lazos longevos,

como lo son los de la Iglesia católica y la sociedad mexicana, incluso con la secularización como proceso histórico en práctica. Igualmente, desde un enfoque historiográfico, el libro muestra la diversidad de problemas de investigación, enfoques, temáticas y fuentes que uno puede tomar para abrir más rutas de investigación, desde el poder y sus instituciones, pero también desde los más “explotados” y poco estudiados, como los actores sociales que aparecen en este libro.

